

El prestigio del Pontificio Instituto de Estudios Medievales de Toronto ha sido mantenido en el exterior principalmente por la colección *Medieval Studies* publicada anualmente bajo la inspiración de Etienne Gilson. Sus artículos, que no faltan en casi ninguno de los volúmenes aparecidos, y los de otros colaboradores, demuestran una dedicación seria y profunda al estudio del pensamiento y de la vida de la edad media. Esta colección es a la vez un fruto maduro que muestra al exterior la actividad del instituto e irradia su influencia a los centros filosóficos y de cultura medieval de todo el mundo, y una corona que aumenta ante los estudiosos el prestigio y el aprecio del Pontificio Instituto de E. M. de Toronto.

La impresión general que hemos recibido, después de visitar los cuatro centros universitarios católicos del Canadá, es la de que todos ellos están cumpliendo afanosamente una misión a la vez de divulgación y de profundización de la cultura católica en su propio país. Las posibilidades que les otorga su situación legal son ampliamente explotadas por los católicos canadienses, que pueden estar orgullosos de sus instituciones universitarias. Si las universidades cumplen satisfactoriamente su misión, los dos institutos de estudios medievales, dirigidos por los católicos, demuestran cuán seriamente los universitarios o graduados del Canadá ansian progresar en su cultura y seguir juntamente con las instituciones europeas a la cabeza de las investigaciones filosóficas e históricas medievales. Ha sido para nosotros muy interesante ver de cerca el desarrollo de estas dos instituciones, que lejos de llevar una vida precaria, mantienen, dentro de los límites esenciales para una institución tan especializada, una intensa actividad y un interés creciente por parte del alumnado. Es un ejemplo que admirar y que imitar.

ISMAEL QUILES, S. I.

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

PLINIO SALGADO, *Vida de Jesús*. Editorial Poblet. 1945. 712 págs. en 8vo.

La cristobiografía moderna es bastante prolifera. En efecto, muchas biografías, para ceñirnos al campo católico tan sólo, se han escrito sobre ese hombre que es el Eje de la humanidad.

Pero Cristo como hombre y como Dios es polifacético. No se puede disecar el contenido inexhaustivo de su humanidad, y mucho menos de su divinidad porque Cristo es eterno y transeterno: «Christus in aeternum et ultra».

En la cristología de nuestro tiempo, emergen las obras de Fillion, Leoncio Grandmaison, Lebreton, Giovanni Papini, Ferdinand Prat.

Mas la presente vida de Jesús, escrita con tan acendrado humanismo cristiano por Salgado, no es cual el «Jesús Christ» de Grandmaison. Grandmaison dedicó toda su existencia a estudios cristológicos, y criticó con pasmosa erudición y científicidad admirables toda la evolución de Cristo en la historia. Nos trazó en sus magistrales capítulos de la persona de Cristo, el Jesús del Evangelio. Tal vez, su mayor mérito radique en el escrupuloso cotejo, confrontación de textos, y refutación de interpolaciones y espúreas interpretaciones de todos los tiempos. La obra de un político como Salgado no ha pretendido ese fin.

Lebreton ha patentizado, aunque un tanto enjutamente, en su obra de Jesús, su profundidad teológica y escriturística.

Papini, con la exaltación del converso, casi diría con el delirio, ha hecho pasar ante nuestras mentes en su «Historia de Cristo» y «Los testigos de la Pasión» un Jesús «revolucionador».

En cambio la obra impresionante de Salgado, sin soslayar íntegramente los objetivos anteriores, aspira a otro blanco. No hace alarde erudito o exegético: «Son narraciones que espejan un sentimiento que vive en mí y lo explica todo en mí», son sus palabras.

Para mí es la obra de Salgado una transparencia de lo que él ha meditado, leído y vivido de Jesús. Es una biografía que nos sorprende gratamente, pues sólo nos cita el Evangelio. Empero, cada «relato evangélico» es reconstruido en el plano histórico en que se verificó, con una naturalidad, con una brillantez, con una pureza estilística y humana avasallantes.

No es la especulación de un hombre que se introduce en la vida del Hijo de Dios, es todo el hombre, con sus vivencias cristianas y su imaginación ardiente, no desorbitada.

No se vaya a considerar la elucubración del humanista y pensador Salgado como una novela de la vida de Jesús; o algo así; como las «Memorias de un repórter de los tiempos de Cristo», del P. Heredia. No. Es un esfuerzo personal de hacer la «composición de lugar» de las villas y castillos por donde Cristo N. S. predicaba, que diría S. Ignacio. Es una «aplicación de sentidos», íntegra y armoniosamente devota de los pasajes históricos de la vida de Cristo. Quien haya leído las famosas aplicaciones de sentidos del gran asceta alemán Mauricio Meschler, en su libro sobre las «Meditaciones sobre los ejercicios de San Ignacio», tendrá idea transparente del esfuerzo de nuestro autor por imbuirse de la psicología de Cristo y del medio ambiental en que aquél vivió.

Esas recordaciones —póngase fuerza en la palabra RECORDAR— en la cristobiografía que nos ocupa están salpicadas del natural personalismo del artista y poeta; pero esto es ineludible, ya que en tanto conocemos al TU en cuanto que lo referimos al propio YO.

Ahora bien, pasemos ya al contenido de la obra: está dividida en cinco partes. De la infancia de Jesús se ocupa la primera, las tres siguientes del trienio de la vida pública y la postrera, de los sucesos pasionarios y pascuales.

El Cardenal Ceregeira, Patriarca de Lisboa, expresa: «Hablando de la vida de Jesús de Plinio Salgado, he querido confesar que es la más bella de cuantas he leído, y que de hecho, ha sido escrita con la inteligencia, con el alma y con el corazón». En verdad nosotros hacemos nuestra íntegramente esta opinión. Porque la diaphanidad ideológica, la exactitud histórica, la agilidad de pênola y el elevamiento sublime del estro del autor se engarzan magistralmente en este libro.

Vaya una muestra del asimilamiento y recordación del ambiente: «Es la hora de la meditación y de la oración. Es la hora en que percibimos germinar en nuestro sentimiento la misteriosa flora de extraños perfumes y de tonalidades imprevistas. Todo lo que se llama nostalgia, tristeza, bondad, humildad, afectos puros, presentimientos vagos, exquisitas consolaciones y hasta incomprensibles alegrías; todo lo que es indefinible en sus efectos emotivos, todas las armonías musicales y el mirar de las estrellas; todo lo que no es bien de este mundo conocido y que parece hablarnos de paisajes ignorados y de ignorados países, todo esto crece dentro de nuestro cuerpo cansado del trabajo y de nuestro corazón herido de las espinas que tocamos durante el día, como insensatas mariposas que caen, castigadas por la misma lámpara que las sedujo».

«Y ahora (el plazo ya transcurrió...) es también el atardecer, en el encuentro del día limitador con la noche deslimitadora, cuando María se arrodilla en el cuarto pobre, delante del rectángulo de la ventana por donde se ve el cielo estrellado».

«La estrella de la tarde no es más pura que ella; los lirios perfumados no son más cándidos; y las sombras de la noche no son más misteriosas...».

«Es el instante de la revelación de un destino. Hay en el humilde apuesto una invisible presencia. Imponderables armonías sin sonidos. Extrañas claridades intangibles. En el éxtasis supremo, los labios de María murmuran: Señor... Y un Ángel aparece... (1.ª parte. C. III).

Es cualidad sustantiva en el biógrafo encuadrar al protagonista en su época. Véase cómo temporaliza el autor en el C. VII a su personaje. Léase asimismo el C. XI, donde se instituye un cuasi paralelo entre Edipo y Cristo: «Edipo descifró a la Esfinge-Naturaleza y dejó al Hombre en las tinieblas. Jesús descifrará a la Esfinge-Hombre e iluminará todo el Universo». Los capítulos «El abismo y la estrella» de la tercera parte, y el «Nocturno elegíaco» de la quinta, brillan por su belleza descriptiva.

La dialogación evoluciona en todo el libro, amena, esplendente de forma, relampagueante; pero conviértese dramática, oriental y cautivante sobre todo en lo que se llamaría «escenas o cuadros evangélicos». Cfr. capítulos LII y LXVII.

En el momento álgido del mártir del Gólgota, Salgado, a pesar de su acabada perfección literaria, parece impotente para describirnos la escena. Con sencillez de niño y sentimiento viril, confecciona un poema claudeliano, que reproducimos íntegro:

Un martillo martillando...
El rumor de las voces encubre los gemidos.
Un martillo martillando...
El clamor de los sollozos apaga los gemidos.
Un martillo martillando...

Las risotadas, los pasos, el parloteo largo y rumoreante de los árboles humanos, disfrazan, ahogan los gemidos.

Un ritmo de azada cavando.
Un ruido de cuerdas arrastrando.
Gritos, imprecaciones, un baque sordo.
Cantan palas empujando tierra.
Retumban mazas, batiendo, como bombos.
Ruedan piedras dando tumbos, sordos y fúnebres.
Resonó un clarín... C. LXXIV.

Hoy que se nos presentan pseudocristos, a lo Renán y Strauss, nos alegramos que también con estilo impecablemente literario y hondamente cristiano se nos objetivice al Cristo auténtico; como lo han hecho Claudel y tantos otros más. A éstos, aunque con un propósito más biográfico, viene a adscribirse Salgado. Claro está que pudiera haber peligro de incidir con este método (llámeselo religioso-experimental si se quiere) en cierto subjetivismo. El mismo Salgado parece percatarse de esto cuando nos afirma de su obra que es: «Una distribución de luces y de sombras, la inevitable marca personal». Más no dudamos que, como lo ha realizado Salgado, se puede obviar dicha dificultad. Es necesario este método para contraponer el Cristo de los Evangelios a Cristos unamunescos (véase CIENCIA TOMISTA. Salamanca. 1943. Tomo 64. El artículo ¿Es ortodoxo el «Cristo» de Unamuno?) o hegelianos. Aunque se siga el Evangelio se lo puede interpretar en dos sentidos muy diferentes: Cristo, indeterminado, producto subjetivo de la evolución y perfeccionamiento del hombre y Cristo, personal e histórico según nos lo presenta la Iglesia Católica.

Cuanto a la versión castellana baste decir que está hecha con bastante corrección; si bien aparecen «rari nantes» algunas construcciones específicas de la lengua lusitana.

T. O. D.

SIR ARTHUR S. EDDINGTON, *La Filosofía de la Ciencia Física*. 306 págs. en 8vo. Editorial Sudamericana». Buenos Aires. 1944.

Las nuevas orientaciones de la Física, en este siglo, han determinado investigaciones y descubrimientos de importancia excepcional que llegarán a justificar la denominación de edad atómica que pretenden nuestros tiempos. Pero estos mismos descubrimientos representan una revolución en el campo científico-filosófico de la Física; han minado por la base los principios y postulados básicos sobre que descansaba la física clásica mecánica. El científico que no se contenta con realizaciones prácticas sino que busca la explicación racional y última de los fenómenos, se encuentra más desorientado que nunca. Es decir, la física moderna busca su filosofía. «Toda la física es una metafísica», afirma Einstein, es decir, desemboca inevitablemente en ella.

A. S. Eddington, conocido físico teórico y astrónomo inglés, ha comprendido como tantos otros esta necesidad que tiene la física de la filosofía. La afirma no solamente para una comprensión racional de los problemas sino como condición de un mayor adelantamiento en las adquisiciones científicas.

En la obra que examinamos expone su Epistemología de la Física moderna. Epistemología es la rama de la Filosofía que estudia la naturaleza del conocimiento físico. Conocimiento físico es el adquirido por los métodos de la ciencia física y puede ser comprobado por experimentación. Objeto de este conocimiento es el universo físico, en parte subjetivo, en parte objetivo, no identificable con el universo objetivo de nuestro sentido común. Como carácter del conocimiento epistemológico, señala el autor, el subjetivismo selectivo. El universo físico captado a través de nuestras facultades es para nosotros lo que la fauna marina captada en su red es para el pescador. Y como los caracteres de aquella fauna dependen de las condiciones de la red, lo que puede abarcar, la amplitud de sus mallas, etc., el conocimiento de la red o sea de nuestros dis-

positivos cognoscitivos nos servirá para conocer los caracteres del mundo físico. Esta será la contribución de la Epistemología a la Ciencia Física.

Como ejemplos de los resultados de este método nuevo, señala el autor el desarrollo de la teoría de la relatividad y la transformación de la teoría de los cuantos del empirismo más craso a una concepción teórica (p. 35). Los alcances posibles de la Epistemología dentro de estos campos son desarrollados en los capítulos III a VI. Pasa luego el autor a examinar (cap. VII-X) el molde conceptual de nuestro modo de pensar, molde a que debe adaptarse el conocimiento empírico. Aquí se hallarán las leyes necesarias de la naturaleza. Sujetivismo selectivo.

Conclusión es que la física no se ocupa del descubrimiento de la verdad absoluta acerca del mundo exterior y que sus leyes no pertenecen al mundo objetivo. Es interesante notar que admitiendo elementos objetivos en nuestro conocimiento físico, no los identifica con realidades que llamaríamos físicas sino con la vida, la conciencia, el espíritu.

En los últimos dos capítulos el autor ensancha su visión y buscando «una filosofía general que pueda ser aceptada por un hombre de ciencia sin necesidad de desprenderse de sus creencias científicas», pretende asentar sus bases a partir de lo ya logrado en su Epistemología. Esta filosofía resulta ser, como ya lo dejaban entrever sus antecedentes, de tipo idealista Kantiano y neopositivista. Para escapar del criticismo escéptico, además del conocimiento físico (entendido como lo dejamos dicho) y del directo de los hechos de conciencia, admite el conocimiento por afinidad por el que alcanzamos los hechos de conciencia de otros.

El trabajo del ilustre físico inglés resulta del más alto interés como un ensayo de la física moderna por orientarse y colocarse sobre un fundamento racional y filosófico. Basta la personalidad del autor, universalmente conocida en los círculos científicos, para recomendar la obra. Su concepción de la Epistemología como auxiliar de las Ciencias Físicas y los capítulos que consagra a desarrollar esta idea son especialmente notables. Se podrá discutir la solución del autor, empezando por el concepto de conocimiento físico que parece inadecuado, más que nunca hoy día en que la física tiende a librarse de la rigidez del aspecto puramente cuantitativo. De aquí la prescindencia del mundo objetivo; su sujetivismo es más bien un postulado, siendo la crítica de la filosofía realista, hecha en el último capítulo, singularmente deficiente. Con todo representa al menos un poderoso y original ensayo de solución que han de tener en cuenta todos los que se interesan por el problema máximo de la intelectualidad moderna: la síntesis entre la filosofía y las ciencias.

El contenido del libro, bien presentado y traducido con acierto, es en realidad una serie de conferencias dictadas en la Universidad de Cambridge en 1938.

J. A. L.

FRANCISCO CHARMOT, S. I., *El Humanismo y lo Humano*. Psicología individual y social. Traducción de Expedito I. Granero. Editorial Difusión. Buenos Aires, 1945. 530 págs.

«A mi humilde parecer, no ha salido un solo libro pedagógico en Francia en lo que va del siglo, que pueda compararse con esta obra del P. Charmot en importancia, fecundidad y profundidad de pensamiento». Persona enterada era quien hizo de este libro tan ventajoso elogio, cuando apareció en su lengua original el año 1934. El P. Jaime Castiello, jesuita mexicano dolorosamente muerto mientras llevaba todavía en las manos, como quien dice, los primeros frutos de su privilegiada inteligencia y gran corazón, publicó en «Razón y Fe» de Madrid (sept. 1935, 21-30), una cuidadosa reseña de «L'Humanisme et l'Humain», la cual de buenísima gana transcribiríamos íntegra aquí, para seguridad del crí-

tico presente y satisfacción de los lectores, si no fuera demasiado extensa en este lugar.

Sin duda, el P. Charmot es uno de los pedagogos mejor calificados hoy día en Francia, y tal vez el único que nos podía dar una obra tan acabada como ésta. «El Humanismo y lo Humano» supone en parte y completa un libro anterior del mismo P. Charmot, «La Tête bien faite». Sin embargo, el presente posee sobrada autonomía para bastarse a sí mismo. Se trata de un trabajo de síntesis, en el cual se saca, de la consideración del «hombre», un ideal de educación «humana» del adolescente, que se impone como la única deseable.

No se entretiene el autor por las regiones de lo especulativo sino lo suficiente para asegurar los fundamentos del *método* que ha de hacer del idealcebido una realidad. Con persuasivo acento de maestro avezado y competente, el P. Charmot nos propone los principios filosófico-históricos que sirven de cimientos sólidos y amplios al método. La precisión y claridad tornan fácil la comprensión de las ideas, profundas y ricas. Los pensamientos se despliegan ordenadamente en un campo muy abierto, pero definido. Los puntos de vista son elevados, las bases de la discusión, anchas; el lector puede adentrarse por esas páginas sin peligro de topetazos desagradables ni callejones sin salida. Todo esto era necesario en una obra que pretende haber hallado una solución fundamental —y, en este sentido, total— del problema de la enseñanza secundaria. Lo mismo se advierte en la exposición del método básico que el autor propone. Cierzo que no resulta nuevo en la sustancia —y esto parece ya una garantía de acierto; pero la sabia distinción que establece entre el «espíritu» y las «técnicas» pedagógicas, entre el alma y la materia de la educación; la luz que hace llegar a todas las facetas del problema y a todos sus rincones, sin escaparse del cuadro educacional, con análisis y disecciones magistrales, soluciones irrefragables, orientaciones fundamentales, terminantes y prácticas: todo esto tiene un valor excepcional.

El P. Charmot escribió su libro en Francia y pensando en los educadores de Francia y Europa. Por eso algunas cuestiones que agita resultarán quizás algo extrañas en el actual ambiente pedagógico de nuestra América hispana. Esto es, sin embargo, más aparente que real. El punto de vista del autor es sencillamente valedero para cualquier espíritu que se nutra de la cultura cristiana de occidente; más aún, los postulados de los problemas que se dilucidan son profundamente humanos, por consiguiente, universales. En suma, un libro también para nosotros.

Las dos partes principales de la obra —«El espíritu de una educación humanista»; «El método humanista y las técnicas culturales»— son de capital interés para cuantos han cargado sobre sí cualquier especie de responsabilidad pedagógica, quiero decir, para cualquiera que deba dirigir y encauzar el alma de niños y jóvenes, en la escuela, en el taller, en el hogar. Para los maestros, pues, y educadores; para los padres de familia; para los jefes de talleres, y aun me atrevo a decir, para los capataces y contramaestres. Pero, más que nadie, los profesores de segunda enseñanza y los maestros de las Escuelas Técnicas y de Artes y Oficios son los que mejor pueden hacer fructificar las preciosas lecciones de este libro.

La tercera parte, que comprende casi la mitad del libro, no es más que un apéndice de documentos, que sirvieron de ocasión para que el libro se escribiese, y suministraron en parte el material. Son resultados de una encuesta promovida por el P. Charmot en la revista francesa «L'Enseignement Chrétien», por los años de 1932-33, sobre la enseñanza de las Humanidades clásicas. Esta obra nació, podemos decirlo así, de una controversia casi secular en Francia: la utilidad o inconvenientes de los clásicos latinos y griegos en la enseñanza secundaria. Es natural, pues, que el autor preste esmerada atención a tan interesante asunto. Pero ya queda indicado lo bien que ha sabido elevar el tono, y cómo su voz resuena más lejos. Cuanto nos dice sobre el precio de los clásicos, merece ser meditado por los que han de responder de la educación de nuestra juventud.

Ya existe, afortunadamente, entre nosotros, una corriente revalorizadora de nuestros clásicos. ¿No sería hora de empezar a preocuparnos algo también de los gloriosos progenitores de los clásicos castellanos, los griegos y latinos? Para esto tenemos páginas de oro en el libro del P. Charmot. Lo mucho y muy bueno que trae sobre una enseñanza humanística a base del idioma francés, puede aplicarse con igual y mejor razón al castellano, legítimo y vigoroso retoño de aquellos dos troncos imperecederos que cubren aún ahora con su sombra la más grande y más humana de las culturas, el Griego y el Latín.

Cierra la obra un Resumen de Bibliografía moderna sobre los temas tratados, el mismo que apareció en la edición francesa de 1934. Cada una de las páginas ya empedrada de valiosas citas.

La traducción castellana, con ser correcta en general, merecía haber sido hecha con más sosiego y dedicación, cual lo pedía la alcurnia del libro. En nuestro modesto sentir, se echan de menos algunas acotaciones necesarias para una comprensión más exacta de algunas ideas o alusiones que fácilmente escaparán a muchos lectores de esta banda del Atlántico —con paz sea dicho y sin menoscabo de nadie. La presentación tipográfica, intachable.

E. T. B.

FR. EUGENIUS AYAPE, O. R. S. A., *Jus Parochi Religiosi*. 256 págs. en 8vo. Universitas Xaveriana. Bogotae. 1943.

El R. P. Ayape nos brinda en este libro una síntesis ordenada, organizada y completa del derecho del párroco religioso. Desfilan en las páginas los problemas que al derecho parroquial crea la provisión del párroco cuando ésta recae en un religioso. Desde las cuestiones preliminares sobre la capacidad de los religiosos para los cargos eclesiásticos, su derecho o no derecho a poseer con título estable las parroquias de los seculares en el doble aspecto de la historia del derecho y de la jurisprudencia moderna, hasta las menudencias del calendario que se tendrá que seguir en el uso litúrgico cuando el religioso tiene el suyo propio: todas las cuestiones encuentran acogida en las discusiones del autor y reciben soluciones sistemáticas. Ni se ha descuidado el estudiar las cuestiones que suscita la presencia del párroco religioso en los territorios de misión. Con esto queremos llamar la atención sobre la amplitud con que se han recogido los problemas que puede presentar el caso canónico del párroco religioso. Otra prueba de lo mismo la daría si se considera que el libro descende hasta estudiar la posición del párroco en caso de entrar éste como novicio en Religión y durante el período del noviciado.

Característica también de esta obra es la claridad y orden con que se distribuye la materia en el libro y se la trata después en cada una de las partes.

Lo que se podría quizás objetar al autor es que, dado el carácter de tesis doctoral que tiene la obra, donde tanto se insiste en la originalidad de la investigación y el uso de materiales de primera mano, se haya contentado con recoger en una síntesis global las soluciones de los problemas dispersos en los grandes manuales de Derecho Canónico, y no nos haya brindado investigaciones sobre materiales ignotos o no sistematizados. Creemos, sin embargo, que la vastedad de la obra emprendida, la claridad y continuidad de exposición en que aparecen los problemas en su libro, y la solidez de juicio con que se les da solución, responden suficientemente a este reparo y hacen que la obra en su conjunto deba ser apreciada como meritisísima a la par que de mucha utilidad para quienes forzosamente se encontrarán con los problemas del párroco religioso en la teoría al tenerlos que exponer desde la cátedra o en la práctica de la vida parroquial.

IGNACIO MARINA.

Morfología Latina y Nociones de Sintaxis. Publicación del Instituto de Literatura y Humanidades Clásicas de la Compañía de Jesús, Córdoba. Editorial Luis Lasserre. Buenos Aires. 1945. 240 págs. en 8vo.

El bloqueo práctico en que quedó la Argentina ante la conflagración mundial se ha convertido para nuestra Patria en especial bondad de la Providencia. Forzados a pensar solos, despojados del andamiaje intelectual ajeno que suplía preparación y suprimía personalidad; de las cabezas argentinas han comenzado a florecer libros, y en las imprentas a hacerse verdaderos alardes de técnica, y en nuestro medio cultural pondera ya lo que es fruto de un sano esfuerzo e índice de un pronto porvenir mejor. Indudablemente se iniciará esta empresa constructora con grandes dificultades y no sin algún error; pero a la crítica inteligente pertenece señalar las correcciones sin desanimar a nadie, indicando en teoría lo que los arquitectos del pensamiento realizarán en sus producciones literarias.

Como prueba de lo dicho se podría anotar la «Summa Philosophica Collegii Maximi Sancti Ioseph», las Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y la ya iniciada Serie Filosófica en lengua vernácula del R. P. Ernesto Dan Obregón, fundador del Instituto de Humanidades que funciona en el Colegio de la Inmaculada en Santa Fe.

A estas publicaciones macizas todas y de gran panorama en América vienen ahora a incorporarse las del Instituto de Literatura y Humanidades Clásicas de la Compañía de Jesús en Córdoba, cuya «BIBLIOTECA HUMANISTA» se ha iniciado con dos obras de valer pedagógico: «LYRA GRAECA» y «MORFOLOGIA LATINA», primer volumen de una profunda Gramática de latín clásico.

Vamos a detenernos un poco en la segunda de estas publicaciones, que responde al título del comentario que nos ocupa. La *Morfología Latina* preparada por el Profesor Ramón M. Rosés, S. I., posee en realidad tres partes bien definidas. La primera desarrollada con sobria amplitud —160 páginas— constituye el núcleo fundamental. Nos presenta la Analogía Latina, basándose en la obra insustituible del eximio latinista Manuel Alvarez S. I., pero adaptada con exquisita discreción a nuestras actuales exigencias. En esta parte llama particularmente la atención cuanto se refiere a la Conjugación (pp. 61-153). Puede decirse en verdad que trata la materia de una manera exhaustiva y sencilla a la vez. La disposición de los paradigmas verbales por temas facilita al alumno la perfecta comprensión de un punto que tanta dificultad suele ofrecer a los principiantes. Con todo hubiéramos deseado cierta mayor amplitud en el capítulo destinado a los Verbos Anómalos. En la segunda parte —40 páginas— se explican las Nociones Fundamentales de Sintaxis, que exige el segundo curso del Instituto y se añaden tres Apéndices: uno de Fonética, en cuanto ayuda a la traducción; otro de Hipérbaton y Análisis para facilitar la lectura de los autores; y un tercero explicando la medida del tiempo entre los Romanos. Completa la obra una Antología, que contiene 74 trozos de traducción convenientemente escogidos y sobriamente marginados.

Con este libro ha pretendido el autor responder ampliamente al primero y segundo curso de los Centros Docentes de nuestro medio intelectual y ha conseguido su propósito al darnos «una Gramática pedagógica por la presentación; práctica por el método; segura por el trabajo de depuración y confrontación» encuadrando la materia dentro del método objetivo, el más apto para lograr una síntesis perfecta de la materia.

Libros como el presente día a día reclama con más insistencia nuestra juventud íntimamente persuadida del gran fracaso del llamado bachillerato moderno, apto sí para multiplicar mediocridades con buena dosis de pedantería; pero de ningún modo para realizar el ideal de una sana pedagogía. Por eso resurge en nuestra Patria el aprecio por la Cultura Clásica y nuestro ambiente intelectual y pedagógico presenta señales evidentes de una vuelta a los valores educativos del Humanismo. Contribuir a este movimiento de recuperación, he aquí la misión

que aspira llenar con sus publicaciones el Instituto de Literatura y Humanidades Clásicas de la Compañía de Jesús. No podemos menos de ansiarle que sus esperanzas sean pronto floreciente realidad, y que la simpática recepción dispensada a la Morfología Latina lo aliente a publicar en breve la « SINTAXIS », que está ya en preparación.

P. M.

VACANT, MANGENOT, AMANN, *Dictionnaire de Théologie Catholique*, Tome XIV Deuxième Partie, Scholarios-Szczaniecki. Librairie Letouzey et Ané, Paris 1941. Columnas 1521-3170.

Acaba de llegar de Europa este tomo del diccionario de teología católica, magnífico exponente de la ciencia eclesiástica francesa.

Los numerosos artículos están escritos y firmados por autores competentes.

La « lista de los colaboradores del tomo XIV », puesta al principio, abarca unos 70. Entre éstos se cuentan 20 jesuitas, 7 dominicos, varios capuchinos, benedictinos, asuncionistas, numerosos miembros del clero secular, etc.

Una bibliografía, a veces copiosa, siempre selecta se encuentra al fin de casi todos los artículos.

El primer artículo está dedicado a *Scholarios* Jorge, filósofo y teólogo bizantino del siglo XV, que ocupó la sede patriarcal de Constantinopla con el nombre de Genadio II después de la conquista de la ciudad por los turcos.

Cierra la serie de artículos, que están por orden alfabético, el que trata de *Szczaniecki* Esteban, jesuita polaco, muerto en 1737.

Son dignos de especial mención, entre otros, los siguientes artículos:

Science. (Cols. 1595-1665). Abarca los siguientes temas: I La ciencia sagrada: sus diversas ramas, sus relaciones con las ciencias puramente humanas. II La ciencia de Dios. Se estudian el dogma, las doctrinas teológicas y las opiniones libres o controvertidas entre los católicos, sobre este asunto. En el último punto, el autor, a nuestro juicio, no logra ser del todo objetivo. III Ciencia de los ángeles: natural, sobrenatural, la ciencia de los demonios y finalmente, por analogía, se trata de la ciencia de las almas separadas. IV Ciencia de Jesucristo. Se estudian sucesivamente las fuentes escriturísticas, la interpretación de los Padres, las sistematizaciones teológicas y las decisiones de la Iglesia. Todos estos cuatro temas están firmados por A. Michel.

Scolaire (Legislation). (Cols. 1667-1691). Es un comentario de los cánones que tratan la cuestión escolar, firmado por A. Michel.

Scolastique. (Cols. 1691-1728). G. Fritz y A. Michel estudian a grandes rasgos la escolástica en la época patristica, en la edad media, en los tiempos modernos y finalmente la neo-escolástica.

Scrupule. (Cols 1735-1745) y *Secret d'ordre naturel*. (Cols. 1756-1764). Estos dos temas de moral están tratados por N. Iung.

Semi-pelagiens. (Cols. 1796-1850). É. Amann, toca en este artículo los siguientes puntos: I Las discusiones entre los discípulos de San Agustín. II Las primeras controversias en el ambiente marsellés. III Próspero defensor de San Agustín. IV La lucha teológica. V El repliegue de los Agustínianos. VI El re-

crudecimiento del anti-agustinismo. VIII El semi-pelagianismo en apuros. VIII El concilio de Orange y la derrota del semi-pelagianismo.

Socialisme. (Cols. 2273-2326). El P. Tonneau dominico, autor del artículo, lo divide en las siguientes partes: I Introducción. II La estructura ideológica del socialismo. III Las formas históricas del socialismo. IV Crítica.

Sorcellerie. (Cols. 2394-2417). Firma el artículo el P. Séjourné benedictino, quien recorre los siguientes puntos: I Idea general. II Posibilidad y mecanismo. III Realidad. IV Difusión. V Brujería moral.

Spirituels. (Cols. 2522-2549). El P. Oligier franciscano, hace un estudio histórico sobre el movimiento de los Espirituales que se produjo en la Orden de San Francisco en la segunda mitad del siglo XIII.

Suárez Francisco. (Cols. 2638-2728). Al *Doctor eximius* está consagrado el artículo más largo del presente tomo. Se dice de él que es « célebre como teólogo, filósofo y jurista ». El estudio abarca tres temas: I Vida y obras. II Teología dogmática. III Teología y práctica. Están firmados por los Padres Monnot, Dumont y Brouillard respectivamente. El P. Dumont dice que los caracteres fundamentales de la teología de Suárez son: « la precisión científica del todo moderna de su método, su independencia frente a las escuelas demasiado exclusivistas, su inmensa erudición y la notable penetración de su análisis ».

Superstition. (Cols. 2763-2824). El P. Séjourné benedictino estudia la superstición en sus aspectos histórico, dogmático y moral.

Syllabus. (Cols. 2877-2923). El artículo firmado por L. Brigué tiene tres puntos: I Historia. II Textos. III Valor jurídico y dogmático del Syllabus.

Syrienne (église). (Cols. 3017-3088). Ziadé, párroco de San Marón, Beirut, se ocupa en este artículo de los jacobitas de Siria y de los sirios católicos.

Siro-malabare (église) (Cols. 3089-3162). Es un denso y erudito trabajo del cardenal Tisserant.

La presentación material de la obra es excelente.

Quiera Dios que la aparición de los restantes tomos de esta grandiosa obra no tropiece con dificultades.

J. SILY, S. I.

PIROT, ROBERT, *Supplément au Dictionnaire de la Bible*, Fascicule XVIII. Hetzner-Images. Librairie Letouzey et Ané, Paris 1941. Columnas 220.

Se ha recibido últimamente este Fascículo que pertenece al tomo IV del valioso Suplemento al Diccionario de la Biblia.

Escritores competentes firman los artículos que suelen traer al final una escogida bibliografía.

Entre los temas tratados citaremos los siguientes:

Historique (Genre). (Cols. 7-32). Los autores de este estudio, colocándose en el terreno simplemente literario, muestran con ejemplos concretos cuáles son los principales procedimientos del género histórico tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. A. Robert estudia el Antiguo Testamento y L. Venard, el Nuevo.

Hittites. (Cols. 32-110). L. Delaporte divide en cuatro partes su erudito trabajo. En la primera estudia los habitantes que a fines del tercer milenio antes de Cristo vivían en la región central del Asia menor, llamada Hatti; en la segunda se ocupa del imperio fundado a comienzos del segundo milenio por los inmigrantes indoeuropeos que se establecieron en Hatti; en la tercera estudia lo que se relaciona con los habitantes de aquellas comarcas después de la caída del imperio hitita; y finalmente en la cuarta parte se ocupa de los hittitas (o heteos) mencionados en la Biblia. El artículo tiene dos grandes mapas de la región de Hatti con sus alrededores y muchas ilustraciones. La bibliografía es copiosa y moderna.

Hyksos. (Cols. 146-168). B. van de Walle estudia los hicsitas hordas asiáticas que invadieron el Egipto y lo conquistaron. Sus reyes constituyen las XV y XVI dinastías. Presta especial atención al problema de los hebreos y hicsitas. En su conclusión dice que los datos que poseemos son insuficientes para precisar el sincronismo entre la historia del pueblo elegido y la de Egipto. El artículo tiene varias ilustraciones.

Idoles, Idolatrie. (Cols. 169-187). A. Gelin, autor del artículo, nos da al principio la división de su trabajo: I Preliminares: 1.º Terminología general en la Biblia hebrea y en la griega. 2.º Limitación del tema. II Las imágenes para el culto de Yave: 1.º La existencia de las imágenes. 2.º La polémica profética. 3.º La prohibición mosaica. 4.º Las exageraciones judías. III Israel y el culto de los falsos dioses: 1.º El primer mandamiento. 2.º Breve historia de la idolatría en Israel. 3.º La polémica antiidolátrica. Bibliografía.

Images (chez les Juifs). (Cols 199 ...). Este interesante artículo no termina en el presente Fascículo.

La presentación tipográfica es esmerada y en nada desdice de los precedentes Fascículos.

J. SILY, S. I.

BERTRAND RUSSELL, *Introducción a la filosofía matemática*. 430 págs. en 8vo. Ed. Losada, Buenos Aires, 1945.

La aparición de este libro de Ruseell, con notas del Prof. Florencio D. Jaime, ha llenado un vacío que desde algún tiempo se hacía sentir en la abundante literatura filosófica que viene publicándose en nuestro medio.

El autor no pretende exponer el método que en la lógica matemática es de capital importancia para la investigación de las cuestiones, sino procura indicar ciertos resultados obtenidos para cuya intelección no se requiere gran familiaridad con las fórmulas del álgebra ni con el simbolismo de la materia. Para él la lógica y la matemática son una misma disciplina pues conceptúa que es imposible asignar una línea fronteriza entre ellas. Parte de la noción de número natural y remóntase a través de sucesivas generalizaciones hasta la conceptualización de «número». Analiza luego las concepciones contenidas en las diversas definiciones que se van proponiendo, y así se pone en contacto con la lógica.

Son particularmente interesantes los capítulos en los que trata del « infinito cardinal », de « ordenamientos infinitos y números cardinales », de los « límites y continuidad », etc.

Con todo nos ha llamado la atención cierta crítica infundada que hace a la lógica tradicional. No deja de ser chocante el contraste que ofrece la solidez de su argumentación con una claudicación tan notoria en una cuestión elemental.

En la pág. 229, en el cap. en que trata de las funciones proposicionales e interpreta el significado de las formas tradicionales de la que él llama « anticuada lógica formal », según la nomenclatura funcional, escribe: « Estas definiciones muestran cuán distantes de las más simples formas están las proposiciones tales como « todo S es P » con que comienza la lógica tradicional. Sólo por falta de análisis la lógica tradicional ha tratado « todo S es P » como una proposición de la misma forma que « X es P ». Por ejemplo, ha tratado a « todos los hombres son mortales en la misma forma que Sócrates es mortal ».

Bueno hubiera sido que el autor se tomase el trabajo de probar y no de endilgar gratuitamente un absurdo a quienes jamás pensaron en equiparar ni atribuir el mismo valor a las proposiciones dichas. Cualquier incipiente estudiante de lógica se sorprendería al leer esa afirmación autorizada por una firma de universal renombre.

Pero más maravilloso aún es lo que se dice al comienzo de la pág. 231: « Pero con nuestras definiciones, « todo S es P », no implica « algún S es P » porque la primera proposición permite la no existencia de S y la segunda no: así, la conversión *per accidens* resulta invalidada, y algunos modos de silogismo son falaces, por ejemplo, Darapti: « todo M es S », « todo M es P », luego « algún S es P », el cual es falso si M no existe ».

Parece que el autor se olvidara de la función de la lógica formal dentro del pensamiento filosófico. Su fin es enseñar el recto raciocinar: la formulación de los procesos del intelecto cuando en la búsqueda o en la fundamentación de una verdad, concatena las conocidas y admitidas: la enseñanza del método, para que en la conclusión sólo se afirme lo que implícitamente se halle contenido en las premisas. Por ello, para la validez de las formas silogísticas, no es necesario que las proposiciones universales o particulares que las estructuran, sean tratadas como verdaderas, ni es menester postular la existencia real del sujeto; únicamente se requiere que la conclusión no afirme más de lo que toleran las proposiciones antecedentes. Esta es la labor de la lógica formal. Verdad, falsedad son conceptos que pertenecen a la crítica del conocimiento. Afir-mar que Darapti es falaz si M no existe, es abandonar el propio campo e invadir otras provincias de la filosofía. Diversa cosa es en las aplicaciones que se hacen en el pensar filosófico: para que el consecuente tenga que ser verdadero, siendo recta la consecuencia, será necesario que las premisas también sean verdaderas.

En la pág. 232 hacia la mitad dice: « Podemos decir correctamente « los hombres existen » para expresar que, « x es un hombre » es algunas veces verdadero. Pero si construimos un pseudo-silogismo « los hombres existen, Sócrates es un hombre, luego Sócrates existe » hemos expresado una insensatez, porque Sócrates no es como « los hombres » un simple argumento indetermi-

nado para una función proposicional dada. La falacia es muy parecida a la del argumento: « Los hombres son numerosos, Sócrates es un hombre, luego Sócrates es numeroso ». En este caso es evidente que la conclusión no tiene sentido: pero no lo es en el caso de la existencia por razones que aparecerán en el cap. que sigue ».

En la pág. 229 se acusa a los lógicos tradicionalistas de « falta de análisis », y, sin embargo, el autor incurre en el mismo error al pretender equiparar los silogismos dichos. Es verdad que su forma externa es parecida: pero el sentido es totalmente diverso. No negaremos que lo que él llama pseudo-silogismo, es la representación pueril de una de las muchas direcciones que puede tomar el intelecto en su razonar; pero repetimos, lo que interesa es el proceso, no el ejemplo que lo explica. Lejos con todo está de ser muy parecido al sofisma que empieza, « los hombres son numerosos » porque aquí « hombres » es un término colectivo y « numerosos » sólo le corresponde en cuanto « hombres » representa agrupación. Fácil es ver que se peca contra las más elementales reglas del buen silogismo.

Si se analizase bien los procedimientos de la lógica tradicional, si se estudiase más el sentido de sus fórmulas y se dejase de lado algunos prejuicios muy divulgados contra ella, no se le atribuirían « insensateces » y se vería que los nuevos métodos, en lo que tienen de bueno, sólo difieren de ella en la formulación y no en la concepción, como se pretende.

Creemos en las ventajas que ofrece la lógica matemática para la investigación de ciertos problemas, para la precisión en la representación de la idea a espíritus familiarizados con el cálculo: pero no hay que dejarse cegar por el entusiasmo pretendiendo desvalorizar la lógica tradicional que pide su justificación no a sueños de poetas, sino al análisis metódico del pensar humano.

J. ALDUNATE, S. J.

JOSÉ SELLMAR, *El Sacerdote en el mundo*. Traducción de la cuarta ed. alemana por el P. Enrique Diez, O. S. B. 370 págs. en 8vo. Madrid, Ediciones FAX; Buenos Aires, Editorial POBLET. 1946.

El título está muy bien puesto, porque dice mucho de lo que el libro es. No es un libro solamente sobre el sacerdote, ni menos es un libro sobre el mundo de nuestros días solamente; es ambas cosas: aquí examina el autor al sacerdote frente al mundo actual y realmente resulta interesante lo que dice acerca de lo que es el sacerdote para el mundo de hoy y no menos interesante lo que afirma que es y mejor debe ser, el sacerdote para el mundo.

Estoy seguro que frente a este libro habrá pocos indiferentes, la mayoría o le serán amigos o enemigos y ésta es otra garantía de valor. Creo que esta alternativa provendrá de que el libro que indicamos, señala verdades bien realistas y pone el dedo en la llaga más de una vez. Seguramente que no pocos se negarán a admitir estas verdades, pero están muy bien dichas. Además señala metas bien definidas, no fáciles de alcanzar; pero cuya consecución vale realmente la pena, si se quiere ser lo que Cristo pretendió de sus sacerdotes: « no del mundo; pero enviados al mundo a fin de salvarlo ».

Si indicara ahora algunos pasajes más concretos caería en el peligro de

hacer creer que he dado una idea completa. No obstante, previniendo este peligro, vayan algunas citas que a mi modo de ver indican, de alguna manera por donde va el hilo de la obra.

« El Sacerdote un ser extraño » (cap. 1); « Hombres o ángeles » (cap. 2); « Educación humana y cristiana » (cap. VI) muy interesante; « El Sacerdote en el mundo » (cap. XI) « ... el sacerdote tiene que permanecer siendo él mismo hombre, para poder comprender al hombre y cuánto más hombre sea él, tanto más podrá obrar también como sacerdote », pág. 293.

En el cap. XII dice: « El sacerdote del porvenir debe estar otra vez completamente abierto a Cristo y a su espíritu, para renovarse y formar su imagen con él. (Esto no parecerá nada nuevo; pero lo que viene sí que lo será para muchos y vale la pena). Pero debe estar también completamente abierto al mundo y a los hombres, afirmando todo lo bueno, todo lo verdadero y todo lo bello, comprendiendo toda la necesidad y todo sufrimiento y reconciliando siempre al hombre con Dios Padre por medio de Cristo. A este cristianismo así abierto, afirmativa, otra vez originalmente católico, le pertenecerá indudablemente el porvenir », pág. 326. Porque conviene tener en cuenta lo que ha dicho muy bien antes: « El sacerdote que quiera vivir como ser débil a la sombra de la Iglesia y bajo el amparo de la religión y como explotador de ésta —y desgraciadamente, los hay así, que se reconocen demasiado débiles para empeñar el combate de la vida y por eso se refugian en el sacerdocio—, éste tal no hará nada grande por la causa de la religión y de la Iglesia. Su piedad es negativa, es una fuga cansada y femenil; la base fundamental de su alma es pusilanimidad... », pág. 142.

Y ha afirmado muy bien antes: « ... hasta los mismos santos son transitorios en la realización de lo cristiano, de modo que también su imitación no puede ser nunca más que transitoria. Cada uno tiene que emprender de nuevo esta tarea y el Santo de nuestro tiempo tiene que buscar también de nuevo su forma de vida: es decir tiene que seguir la imitación de Cristo en armonía con éste nuestro tiempo », pág. 129.

Y ahora ¿qué espera el mundo del sacerdote?: —ha hablado largamente en el cap. V de la ciencia que necesita el sacerdote y en el VI de las virtudes que deben adornarlo— y en el cap. XIII pág. 349 dice: « Con razón soporta lo menos posible nuestro tiempo de decisión al sacerdote dominador y amigo de la buena vida; en cambio, cada vez será más urgente el clamor por el sacerdote que sirva. La forma será lo de menos, con tal de que él conciba su oficio como *ministerium Dei* ».

Podría proseguir con las citas y aparecerían pensamientos muy dignos de meditarse seriamente; pero estas líneas rebasarían los límites de una nota bibliográfica.

La presentación del libro es muy buena, corresponde a la fama de la editorial.

No he hecho algunos reparos a algunas ideas secundarias, que hubiera querido ver expuestas con más claridad, como por ejemplo en el cap. III, porque en el conjunto de la obra me parece que es algo sin importancia.

RAMÓN ANGEL CIFUENTES GREZ, S. I.